

Influencia

Precio 10 cts.

REVISTA DE LETRAS

Núm. 3 - - MCMXVII

JUVENCIA

III

REVISTA DE LETRAS

Dirección y Administración - CALLE URUGUAY, 1292
MONTEVIDEO

APARECE LOS 15 DE CADA MES

Los originales no se devuelven sean o no publicados

La correspondencia, reclamos, giros y órdenes deben dirigirse a nombre del Administrador

Por anuncios dirigirse solicitando tarifas a la Sección Publicidad a cargo de Raúl Rossi

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la capital

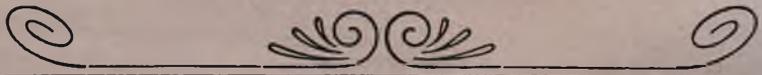
MENSUAL	\$ 0.10
TRIMESTRAL	» 0.30
SEMESTRAL	» 0.55
ANUAL	» 1.10

En el interior

AÑO ADELANTADO	\$ 1.80
SEMESTRE	» 0.90
NUMERO ATRASADO	» 0.20

SE ADMITEN COLABORADORES

P. M. HIRIART
Administrador



SUMARIO

¿. . (de Redacción). — *Pisa*, del Dr. Juan Zorrilla de San Martín. — *Era un Rey Patriarcal* . . ., de J. E. Rodó. — *Némesis la diosa helenica*, de Isidro Más de Ayala. — *Páginas de mi diario*, de Antonio Zorrilla de San Martín. — *Gabriel d'Annunzio*, (caricatura) de T. Sánchez Castellanos. — *Galería Infantil* — *Versos con motivo de la muerte de J. E. Rodó*, de Teófilo Sánchez Castellanos. — *Sarcasmo*, J. J. Illa Moreno. — *L'étoile du Soir*, de Alfred de Musset. — *El Lagarto del Coliseo*, de Lamartine, (traducción del francés por C. R. A.) — *A la juventud*, de A. Ramela Castro. — *Anteo Delios*, de E. Massini. — *Fábulas*, de Goto'do Lessing. — **TEATRO**: *La Muerte de Tintagiles*, por M. Maeterlinck.



The England

Artículos para Hombres

Colosal y variado surtido
de sobretodos para invier-
no. Trajes para Sport y
Montar. - - . - - -

Sección Sastrería

Francisco L. Cabrera

685 - SARANDI - 687

MONTEVIDEO

CASA CATEURA Fundada en el Año 1851

SIBILS y Cía.

Sucesores de ALBANELL y Cía.

Gran DEPOSITO de ALFOMBRAS

CARPETAS PARA MESA - SALDOS DE TRIPES BARATOS

ALFOMBRAS DE HULE - ALFOMBRAS ENTERIZAS

HULES PARA PISO - ESTERAS DE COCO

DE LA INDIA Y DEL JAPÓN :-: CASA ESPECIAL

Av. 18 de Julio 902 Montevideo

Teléfonos : **La Uruguaya 214 - Central**
La COOPRATIVA, 112

PROFESIONALES

F. Torres Insargarat
Médico Rincón, 617

Regino Olivera
Dentista Rondeau, 1455

bel ardo Vè scobi
Abogado J. M. Blanes, 1268

Bernardo Etchepare
Médico Millán, 296

B. Cuenca y Lamas
Médico Av. Brasil, 31

L. Calsada
Médico Maldonado, 1470

Alberto Fernández
Dentista Soriano, 786

Santiago Etchepare
Dentista Yí, 1487

C. Sánchez Mosquera
Médico Cuareim, 1229

Luis Rossi
Escrib. Público R. Branco, 1467

Germán Roosen
Abogado 25 de Mayo 428

Luis Fabregat
Abogado Colonia, 1280

Juan Carlos Dighiero
Médico Mercedes, 922

Horacio García Lagos
Médico Daymán, 1239

J. Roberto Liguori
Dentista Andes 1218

Felipe Puig
Médico San José, 832

ENSEÑANZA

Juan Touya
Lecciones de Contabilidad y Teneduría de Libros
Colegio Internacional URUGUAY, 1292

Eustaquio Tomé
Clases de Literatura
Colegio Internacional URUGUAY, 1292

José Soto
Clases de Dibujo Pintura y Escultura
MALDONDO 1252

Juvenecia

REVISTA DE LETRAS

Director: JUAN JOSÉ TOUYA

Administrador: PEDRO M. HIRIART

Montevideo, JUNIO de 1917

Secretarios de Redacción
CARLOS RUIZ ARGEL
Teófilo Sánohez Castellanos



Queridos lectores, (permitidnos que os llamemos así, en nombre de la amistad intelectual que nos une) tenemos que aclarar un concepto.

No lo hemos hecho antes por la simple razón de que nosotros, «noveles periodistas» no sospechábamos que el título de esta revista, suscitase en algunos espíritus ávidos de averiguaciones etimológicas, la siguiente pregunta: ¿Qué quiere decir ó que significa «JUVENCIA»?

Vuestro primer impulso, habrá sido el de consultar diccionarios y otros librotos de regular calibre que con seriedad de eruditos os dirán lo siguiente: «juvenecia; palabra latina, derivada de juvena griega; significa juventud.»

Vicio de esencia femenina es la curiosidad. Punzante aguijón que se clavó en el corazón de Eva y perdió al primer hombre.

¡Soberana virtud espiritual es la curiosidad con el fin de hacer el bien y aprender! Esto me recuerda, lo que no ha mucho oí en una conferencia dada por el talentoso Ministro uruguayo en la República Argentina, Dr. Daniel Muñoz, que con su fina ironía, de salón, abordó este milenario tema diciendo que a la mujer desde tiempos remotos se le anatemiza de ser curiosa y sin embargo no se le llama curiosidad la del sabio astrónomo Martín Gil que con su potente

JUVENCIA

telescopio está mirando lo que pasa en lejanos mundos, allí donde solamente llegó Julio Verne con su brillante imaginación de alucinado.

«Ca- va sans dire» le respondería cualquiera de mediano intelecto. El segundo ó sea el sabio lo hace por el bien; la primera ó sea la mujer lo hace por.

(No queremos ponernos mal con el bello sexo.) Vamos a nuestro antiguo tema. Para nosotros que somos hermanos espirituales del Quijote y hemos soñado con un azul rayo de luna, siguiendo con verdadero celo de creyentes el camino ideal que trazara la cálida verba del Maestro junto a la estatua de Ariel, la palabra «JUVENCIA» tiene un significado más amplio, más hermoso y divino a la par, simboliza, juventud y luz, entusiasmo y esperanza, las más sagradas prendas de los espíritus jóvenes, de los que teniendo débiles alas de pajarillos, sienten arrebatos de cóndor.

Símbolo ideal que hemos tomado como numen es JUVENTA la celeste ninfa a la cual Júpiter metamorfoseó en cristalina fuente, cuyas aguas tenían la virtud de rejuvenecer a aquellos cuerpos que se bañasen en su pura y fresca linfa.

Tengan estas páginas que recorres con un dejo de indiferencia, el don supremo de las transparentes aguas, sugeridoras de entusiasmo y luz.

Pisa

Juan Zorrilla de San Martín

Yo he tenido siempre la obsesión de Pisa; no de Pisa propiamente; de la torre inclinada. No hay duda de que algún cuento me han contado sobre ella, allá en mis años primeros. El niño está siempre dentro del hombre, y no hay por qué no dejarlo pensar y sentir, sentir sobre todo, dentro de nosotros, algunas veces. Es él acaso el que nos proporciona los grandes deleites morales: la admiración sin reserva, el entusiasmo puro, la emoción grandiosa o llena de ternura, y tam-

bién esos miedos sin causa que solemos experimentar en el mismo momento en que nos reímos de ellos. El niño y el hombre sienten juntos dentro de nosotros; el primero es acaso la inspiración, la imagen plástica, la poesía, la frase de grandiosa ingenuidad. ¡Las niñerías de Shakespeare con sus Arieles y Calíbanes! ¡Y el niño Homero!

Vine, pues, aquí, con una ansia infantil de ver la torre.

Llegamos, únicos viajeros, de noche, a las once, y nos metimos en el el primer *albergo* que encontramos al lado de la estación. Está situado en una plaza muy sola, a un extremo de la ciudad.

Dejamos en él nuestras maletas y salimos de nuevo a la calle. No me resolvía a acostarme sin ver la torre. Todo estaba silencioso; *ni un ratón se movía*. Sólo una estatua muy grande, deforme, de Víctor Manuel, se nos presentó en un extremo de la plaza. El rey está allí de pie, serio, con las manos sobre el pomo de la espada, las piernas metidas en los anchos pantalones de bronce, y envuelto en la atmósfera de solemnidad que forma la noche silenciosa en torno de todo bulto en trevisto.

Detrás de la estatua, hay una verja que atraviesa la primera calle de la ciudad; la puerta está a un lado de la verja, con dos faroles encendidos en lo alto. También hay luz en la habitación de los guardas, luz que sale por la puerta abierta, y traza un cuadrado amarillento sobre el empedrado de la acera al proyectarse en él.

La calle, como un tajo oscuro practicado en la masa de edificios, se hunde en la ciudad dormida con sueño profundo; algunos pocos faroles, encendidos de trecho en trecho, determinan la dirección en que la calle se interna.

¡La atracción de lo misterioso!

Damos una vuelta alrededor de Víctor Manuel, mirándolo de alto a bajo. La reja que corre detrás de él lo hace parecer encarcelado. Se me ocurre que hablábamos en voz baja y andábamos de puntillas, para no turbar el silencio, ni meternos con aquel hombre tan grande de bronce.

¿Y la torre? ¿Vamos á verla? — Es tarde; son las once y media, pero...

JUVENCI A

— ¿Y por dónde se irá? ¿Estará lejos de aquí?

Le preguntamos a los guardas de la puerta de hierro, que hablan a media voz, en la habitación iluminada, única que se ve abierta en toda la ciudad.

— Quince minutos. Al fin de esta calle encontrarán ustedes el puente sobre el Arno; deben cruzarlo, y seguir sin interrupción la calle de la derecha.

Y emprendemos nuestro camino por la calle solitaria. Los fenómenos más nimios tienen interés y carácter en esas circunstancias. Se me han quedado en la imaginación.

Cada farol que dejamos atrás de trecho en trecho, hace salir de debajo de nosotros nuestra propia sombra que se va alargando, alargando, hasta que el farol inmediato la borra con su luz y la arroja a nuestra espalda.

El ladrido de un perro, difundido en el silencio, es entonces una onda sonora que sacude el aire obscuro, y pasa por sobre los techos de la ciudad, como un viajero negro que se va.

Las luces, en el fondo de la calle llena de noche, parecen golpes dados con una punta en un cristal negro que se estría; pero, como los cuernecillos del caracol, los rayos luminosos se estiran y se repliegan; hunden sus puntas en la obscuridad, penetrando más o menos en ella, y se encogen de nuevo; circundan el foco, como las barbas de una espiga viva.

Dos hombres vienen de allá lejos de lo hondo de la calle en dirección a nosotros. ¿Son dos? Sí; pasan por debajo de un farol y, a la luz lejana de este, los vemos ya con precisión. Se acercan; pasan.

Esas frescuras de aurora que suelen andar por las noches de verano, con olor a campo húmedo de rocío, atraviesan las calles silenciosas, van y vienen, sacuden de vez en cuando las luces de los faroles, mueven algún pedazo de papel en la acera, o algunas hojas secas que han bajado de un árbol dormido en el borde de aquella, y que, al arrastrarse, parece que arañan el suelo con sus bordes mellados.

Cruzamos otra plaza con otra estatua, que me parece de Garibaldi, cerca de un mercado denunciado por el olfato; en seguida una calle atravesada en lo alto por un arco, de suerte que el piso superior de la casa de un lado continúa en la acera de enfrente.

Todas las puertas están cerradas, por supuesto, y no vemos nada con precisión, por más que, de vez en cuando, bajamos de la acera, para ver las casas desde el centro de la calle. Parece que los edificios entreabren los ojos para decirnos: no estamos visibles a esta hora; los gatos andan por los tejados.

¿No es verdad que aún los edificios que nos son más conocidos en nuestra propia ciudad, se transforman por completo si pasamos frente a ellos cuando están en su segundo sueño, allá a la madrugada? ¿Verdad que hasta desconocemos las ventanas de nuestra casa?

Un guardián nocturno está apoyado en una esquina; un farol arroja a su lado, sobre la acera, una mancha de luz movediza.

—¿Dónde queda el *Campanile*?

—Pasen el puente que está ahí; tomen después por la calle de la derecha; la plaza del *Campanile* está en el otro extremo de la ciudad.

El puente resuena bajo nuestras pisadas; el Arno, borrado por las sombras amontonadas sobre él, es un largo vacío obscuro; las casas que lo limitan por uno y otro lado se extienden sosteniendo la hilera oblicua de lucecillas de los faroles.

Una calle angosta y curva, con sólo paredes bajas a ambos costados, se nos presenta pasado el puente; tomamos por ella, mirando de vez en cuando hacia atrás para poder reconocer a la vuelta del camino.

Otro guardián.—¿La plaza del *Campanile*?

—¡Oh! ¿No la ven ustedes? Ahí está, a veinticinco pasos de aquí; a la derecha.

Desembocamos en ella, y la torre inclinada sale de entre la sombra a mi encuentro, se me aparece sola, oblicua, como un palo enorme clavado en el suelo.

Te lo confesaré francamente: el niño tuvo miedo dentro de mí.

¿Te ríes? Pues fué una sensación real.

Y no creo que fuera sólo la noche y la soledad las que me ocasionaron esa impresión; he vuelto a ver hoy día la plaza del *Campanile*, y la torre me ha detenido, se me ha venido siempre encima, me ha infundido respeto, cuando menos.

JUVENCIA

Esa plaza de Pisa es una sorpresa en cualquier circunstancia y a cualquier hora; es un pedazo de tierra en que crece la hierba, situado casi fuera de la ciudad, en un extremo; parece que es de otra parte. Y en él, colocados el uno aquí y el otro allá, sin relación alguna entre sí, ni con las calles que limitan la plaza, se levantan los cuatro célebres monumentos de Pisa: el bautisterio, que parece una campana enorme aban, donada en el campo, está en un lado; en el otro ángulo la masa del *duomo*, gran catedral románica, cierra el horizonte con la silueta de su frontón triangular, y oculta el Campo Santo que está detrás; y en el otro lado, clavada en el suelo o brotada de él, como el tronco redondo de un árbol seco, se levanta la torre inclinada. Pero no está sólo inclinada; está torcida; no es una línea recta, oblicua; es una curva bien perceptible; parece que se han propuesto enderezarla haciendo un esfuerzo desde la punta, y solo han conseguido doblarla en el tercio superior, sin modificar la dirección rígida de la parte inferior clavada en el suelo.

Es muy original esta torre de Pisa; es realmente rara, disparatada. Yo la he encontrado hermosa, muy hermosa; hay disparates que me encantan. La encuentro... iba a decir candorosa, con sus ocho anillos de arcos iguales, sostenidos, por tenues columnillas, y sobrepuestos sin más propósito que el de subir. Como son ocho, podrían haber sido diez o doce o seis, esos anillos, sin que la idea arquitectónica cambiara en lo más mínimo. Se ocurre que los constructores cesaron en la tarea de sobreponer arcos y anillos de cornisa, cuando vieron que la torre se torcía, como cesa un niño de agregar piezas de dominó a su castillo, cuando lo siente bamboleante.

Estos cuatro edificios colocados sin ton ni són en la plaza de Pisa, parecen cosas muy grandes, dejadas aquí provisoriamente, para trasladarlas después a su sitio. Se dijera que hace cuatro o cinco siglos, época de la construcción estaban moviendo la torre para llevársela, y dejaron en suspenso el trabajo.

Pero mientras los obreros, olvidados o dormidos, no vuelven desde hace trescientos años, el hecho es que esta torre se está cayendo... pero se está cayendo eternamente.

ERA UN REY PATRIARCAL...

J. E. Rodó

Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después en la memoria de los hombres, el rey hospitalario. Inmensa era la piedad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guarda que vedase. En los abiertos pórticos, formaban corro los pastores cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos; y frescos grupos de mujeres disponían, sobre trenzados juncos, las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a toda hora las puertas anchurosas, y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa; y con el alba, los niños llegaban en bandas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del sol. Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma, alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso; vientos, aves y plantas parecían buscar,—como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís—la amistad humana es aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al acaso, brotaban y florecían, en las junturas de los pavimentos y los muros los alelles de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados

JUVENCIA

vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma. Y una libertad paradisíal, una inmensa reciprocidad de confianzas, mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro; aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales; oculta a la mirada vulgar—como la *perdida iglesia* de Uhland en lo esquivo del bosque—al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta, sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo. Espesos muros la rodeaban. Ni un eco del bullicio exterior, ni una nota escapada al concierto de la naturaleza, ni una palabra desprendida de labios de los hombres, lograban traspasar el espesor de los sillares de pórvido y conmovier una onda del aire en la prohibida estancia. Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaban esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste. Nunca reinó tan honda paz; ni en oceánica gruta, ni en soledad nemorosa. Alguna vez, — cuando la noche era diáfana y tranquila — abriéndose a modo de dos valvas de nácar la artesonada techumbre, dejaba cernerse en su lugar la magnificencia de las sombras serenas. En el ambiente flotaba como una onda indisipable la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento penseroso y de la contemplación del propio ser. Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo... Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre, sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos, eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad, el rey legendario; en él sus miradas se volvían a

lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como la guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaba sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis... Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre abismada, en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Thule de su alma.

Némesis la diosa helénica Isidro Más de Ayala

Némesis, es en la mitología griega la encarnación de los celos divinos hacia los hombres. La superstición helénica levantole templos en el Atica y el cincel magnífico de Fidias representola en la escultura griega por una diosa de imponente majestad, que lleva el índice a los labios imponiendo silencio a los mortales y levanta la diestra pronta a caer sobre el genio audaz y fulminarlo. Inquietos por las conquistas humanas, los dioses temían a los hombres, pues sabían que su ciencia estaba destinada a destruir el grandioso pedestal que sostenía al Olimpo. Y surgió Némesis, la diosa terrible e inexorable, pronta siempre a descender de su trono alado y ahogar al genio que se elevava con gesto atrevido y desafiante. Hija del Océano, tenía en sí la perfidia de las Sirenas unida a la inmensidad azul que aterra. y semejante a la ola, cuya personificación encarnaba en una de sus diversas modalidades proteiformes, que iguala todo en el nivel de los manes y abate con furias terribles, los peñascos que sobre las aguas se levantan, así Némesis cercenaba de un golpe terrible y certero al genio que se elevava sobre el nivel de la vulgaridad,

En los trágicos griegos aparece ese temor, Sófocles, el divino efebo y el inmortal genio ático, la teme, pues conoce su terrible poder y lo certero de sus flechas, semejantes a

JUVENCIA

las *del aureo carcaj* de Apolo, cuando las dirige sobre los mortales. En todo su teatro se advierte ese fatalismo, y cuando sus obras eran representadas en las fiestas dionisiacas, fluctuaba sobre la multitud esa inquietud constante, ese temor fatídico.

La felicidad completa e inalterable de Edipo despierta los celos de los dioses. Y surge Némesis en la persona del ciego Tiresias y tiene su palabra la potencia del oráculo cuando revela al rey tebano la monstruosidad del incesto en que vivía. Y cuando el desdichado Edipo saltase los ojos, con los broches dorados de la túnica de Yócasta ahorcada, siéntese en el Olimpo un estremecimiento de alegría. Es que Némesis ha triunfado. . . .

Prometeo es el que comienza el martirologio, castigado por haber dado a los hombres la luz de la inteligencia. Y sólo cuando sus huesos crujen bajo las tenazas de Hefastos que lo aprisiona a la roca, sólo cuando sus entrañas son devoradas por el buitre de pico corvo y afiladas garras, sólo cuando fulminado por la cólera de Hermes se hunde en el espacio, entonces recién respira Némesis con libertad. Ha desaparecido el genio.

Pindaro, el divino creador de la lírica, la teme, pues conoce su poder y cuando en sus fogosas odas proclama y enaltece al vencedor de los olímpicos juegos se detiene de pronto temeroso de que sus alabanzas hayan atraído la cólera de Némesis sobre el vencedor.

Hoy, cuando el mundo ha vivido muchos siglos desde que floreció en Atenas el genio magno y creador de aquella raza eternamente joven; hoy cuando sólo en el Acrópolis dominan en ruinas, abandonadas columnas que fueron del regio Partenón magníficos soportes; hoy cuando las cariátides inflexibles, y glaciales del Erectión, han cedido al peso que soportaban y el templo se ha desplomado con insólito fragor; la Némesis eterna, la Némesis mítica, la diosa fatal para los genios existe todavía. Pero ha descendido de su olímpico trono y se ha mezclado en el corazón humano, se ha quitado la túnica de púrpura y ha vestido los harapos de los hombres y cuando se eleva un genio y es su inteligencia, cual nuevo faro de Alejandría, el fanal luminoso que marca rumbos a las

muchedumbres, Némesis, la envidia, la perfidia humana, deja caer su poderoso brazo y ahoga el audaz que la ha desafiado.

¡Oh Némesis, envidia humana, ingratitud de los hombres! Eres eterna y siempre estarás como el cincel magnífico de Fidias te representa: con el índice en los labios imponiendo silencio, y la diestra alzada pronta a caer sobre el genio y fulminarlo . . .

PÁGINAS DE MI DIARIO

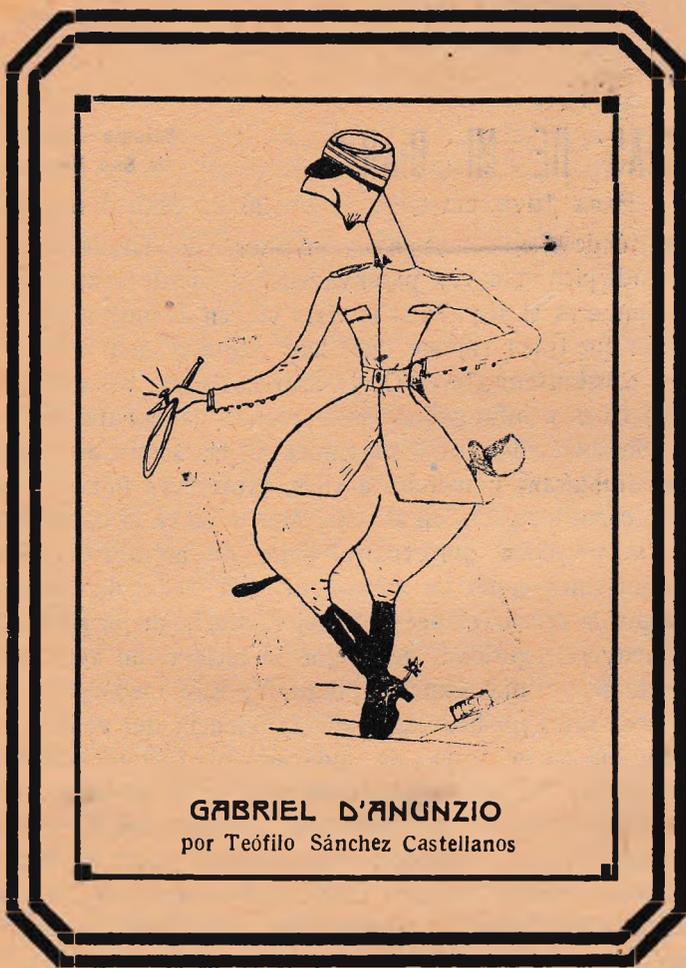
Antonio Zorrilla
de San Martín

PARA JUVENCIA

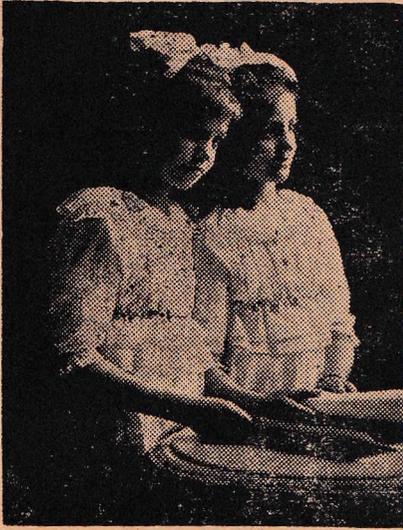
26 DE MARZO DE 1917

¿De dónde vienen esas aves marinas, de largas alas y prolongado pico que veo pasar cadenciosas desde mi ventana? ¿Qué rumbo es el suyo? Por lo visto vienen de muy lejos. La dirección que traen supone que han seguido una ruta teniendo constantemente el Oeste ante sus ojos. Es que son muy marinas e infatigables esas buenas navegantes del espacio. Sus alas, de raudos movimientos las sostienen al par que las impulsan, y merced a ellas, estas aves flotan en el espacio como los peces en el mar. Más, todo en la naturaleza nos atrae y seduce por cuanto tiene de asombroso. Nos cuesta imaginar como un animal de tan reducidas dimensiones pueda cruzar el océano, mejor, mucho mejor sin duda y con mayor seguridad de lo que lo hiciera un aeroplano piloteado por el más experto piloto. Y, sin embargo, esos pájaros marinos no han estudiado la ciencia del vólido, ni han seguido curso alguno de aviación, ni fueron condecorados por sus méritos: cumpliendo una ley de su naturaleza nos enseñan con sus movimientos acompasados, la gracia del ritmo; con su resistencia invencible, el poder de la perseverancia, con su precioso instinto de orientación, la certeza y seguridad que les marca una ruta invisible en el tiempo y el espacio.

Conviene pensar, a lo menos alguna vez, si nuestra ruta es la verdadera, o nuestro rumbo el cierto, o nuestro norte y guía aquel destinado por Dios, para que, cuanto antes, y sin aguardar más tiempo, como lo hicieran las grandes aves del océano, pusiéramos nuestra proa en la justa dirección del puerto luminoso.



GABRIEL D'ANUNZIO
por Teófilo Sánchez Castellanos



LOLA Y TUCA MICHELINI



Alfredo G. Vázquez Varela

Poéticas

Versos con motivo de la muerte de José Enrique Rodó

Teófilo Sánchez Castellanos

Cerebro todo oro.
Sublime pensador.
Dejo correr mi lloro
Para cantar mejor.

Ha muerto Rodó, el divino « Maestro »
El genio luminoso que consteló en « Ariel ».
Ya no irradia notas, ya no palpita el estro
de aquel que en nuestras almas depositó su miel.

La jamás poseída, « La intrusa », lo ha llevado
esa eterna doncella que cantó Maeterlinck.
La América solloza. Los dioses han llorado
Renan, Sully-Prudhome y Alfredo de Vigny.

Mereces por lo Heleno un fúnebre cortejo,
de púberes canéforas que no derramen llanto,
sino, las frescas rosas y Anacreonte el viejo
te ofrende vino y mieles en un soberbio canto.

Al leer Ariel

Teófilo Sánchez Castellanos

Tomo al « Maestro » con hidalga mano.
(El « Maestro » es Ariel)
Himno de juventud, sublime hermano
En tus labios hay miel.
Credo o visión del alma generosa
Que canta al porvenir.
Florecen los rosales ... habrá rosas
Para el próximo Abril ...

Sarcasmo

J. J. ILLA MORENO

No lances, corazón, la amarga queja,
ni el llanto acerbo que el dolor te inspira,
que es el blanco de mofas quien suspira
en este mundo que al dolor festeja.

Ríe aunque sufras, que llorar te veja.
El triste llanto en este siglo espira,
y triunfa el sonreír de la mentira
que en el gesto del hombre se refleja.

No, triste corazón, no, tu lamento
no ha de llegar como importuno aliento
a las turbas de dichas embriagadas.

Aunque estalles, cumplid la pena fiera:
cuando el acero del dolor te hiera
tú debes prorrumpir en carcajadas.

L'étoile du Soir

ALFRED DE MUSSET

Pâle étoile du soir, messagère lointaine,
Dont le front sort brillant des voiles du couchant,
De ton palais d'azur, au sein du firmament,
 Que regardes-tu dans la plaine ?
La tempête s'éloigne, et les vents sont calmés ;
La forêt, qui frémit, pleure sur la bruyère,
Le phalène doré dans sa course légère,
 Traverse les prés embaumés.
Que cherches tu sur la terre endormie ?
Mais déjà vers les monts je te vois t'abaisser ;
Tu fuis, en souriant, mélancolique amie,
Et ton tremblant regard est près de s'effacer.
Étoile qui descends sur la verte coline,
Triste larme d'argent du manteau de la nuit,
Toi que regarde au loin le pâtre qui chemine,
Tandis que pas a pas son long troupeau le suit,
Étoile, où t'en vas tu, dans cette nuit immense ?
Cherches tu sur la rive un lit dans les roseaux ?
Où t'en vas-tu si belle à l'heure du silence,
Tomber comme une perle au sein profond des eaux ?

El lagarto del Coliseo

LAMARTINE
Traducción del
francés por C. R. A

Hallábame un día sólo, en el antiguo Coliseo romano, sentado sobre la hierba antaño regada por torrentes de sangre humana, y teniendo a Tácito en mis manos, leía los crímenes de Roma, el imperio vendido en subasta y el universo degradado por elevar a un hombre.

Mientras veía a la plebe idólatra saludar a los vencedores y embriagar sus miradas con la sangre de los gladiadores, trataba de leer lentamente sobre el muro, el nombre del augusto que edificó el monumento; descifraba ya el primer signo, pero desconcertando mis miradas, un lagarto que había salido de una grieta, único heredero de las siete colinas, único habitante de esos despojos, y que reemplazaba en esas ruinas a la inmensa oleada de pueblos desvanecidos; dormía entorpecido por el frío, sobre el lugar en que brillaba el nombre de los Césares, calentando sus verdes escamas al contacto del bronce entibiado.

Cónsul, César, amo del mundo, Pontífice Augusto, igualado a un Dios! ¡La sombra de un reptil inmundo eclipsaba tu gloria a mis ojos!

La naturaleza tiene a veces sus ironías. El libro cayó de mis manos. ¡Oh Tácito! Todo tu genio no ridiculizaría tanto el orgullo humano.

A la juventud

R. RAMBLA CASTRO

PARA JUVENCIA

— No quitéis los ojos de las cumbres y acostumbraos a vivir siempre en ellas con vuestra imaginación; mañana, cuando tras duro bregar las escaléis no os turbará el vértigo.

— Sed ambiciosos hasta que os quite el sueño la ambición, pero siempre nobles; que no os desvíe del camino del deber y habréis hecho de ella una virtud.

— No acalléis nunca vuestras sanas rebeldías. Silenciar ante una injusticia es darle tácitamente nuestra aprobación.

LAMARTINE

Traducción del
francés por C. R. A.

Coliseo romano, senta-
or torrentes de sangre
manos, leía los críme-
subasta y el universo

udar a los vencedores
gre de los gladiadores,
muro, el nombre del
escifra ya el primer
un lagarto que había
las siete colinas, único
plazaba en esas ruinas
decidos; dormía entor-
de brillaba el nombre
escamas al contacto

ifica Augusto, igualado
amundo eclipsaba tu

las. El libro cayó de
no ridiculizaría tanto

R. RAMBLA CASTRO

v acostumbraos a
maginación; mañana,
s turbará el vértigo.
el sueño la ambición,
el camino del deber

rebeldías. Silenciar
nuestra aprobación.

JUVENCIA

No os canséis de protestar cuando la razón esté con vosotros que mientras se levante una voz airada negando al mal su aprobación, éste no llega a su consumación definitiva.

— Mantened vuestras almas impregnadas del divino perfume de los idealismos y cuidaos muy bien de que la vejez espiritual, prematura siempre, deje caer sus nieves sobre el fuego de vuestros entusiasmos.

— No tributéis vuestra reverencia, sino al talento y a la virtud que ellas sólo son dignas de hacernos inclinar a su paso, pero cuidaos siempre de no traducir la nobleza de vuestro reconocimiento, por una genuflexión ridícula.

— Sed parcios en vuestros juicios y cuando os asalte la mas mínima duda callad siempre. Hace tanto mal un aplauso inmerecido como una censura injusta.

— Tratad de levantar vuestro espíritu por encima de todas las pequeñeces: cada vez más cerca del Sol. No os arredre la muerte de Ycaro, acordáos que sólo se debió a sus alas eran de cera.

Anteo Delios

B. MASSINI

PARA JUVENCIA

(Apuntes sintéticos)

Anteo Delios fué un enamorado de la poesía que tuvo como fontana para sus producciones, la experiencia de sus mismos lances amorosos. Poeta de una emotiva modalidad literaria; alma sedienta de conocer la poesía de Natura, erraba por interminables carreteras en busca de expansiones nuevas para su espíritu inquieto.

«Lo que interesa de este artista de romance—dice Wilfredo Pi—no es la patria en que vió la luz, que no daría más méritos a su personalidad de excepción, sino su vida, toda; las manifestaciones de su vivir inquieto y anheloso, cual si un intenso ardor le excitase continuamente.»

Hay en su temperamento literario un visible desaliño, y una actividad multiforme en sus poesías: en la totalidad de

JUVENCIA

ellas se desprende un pesimismo de originalidad melancólica.

Es preciso advertir que, en la época de Anteo Delios, las aventuras galantes menudeaban y por ende enriqueció sus composiciones a expensas de muchas de ellas. Esto de ninguna manera puede restarle a sus trabajos el valor ni la belleza desde que, el pensamiento y aun el fondo mismo, son absolutamente originales de su prodigiosa imaginación.

Como dejo dicho, el desenvolvimiento de sus motivos poéticos, es la consecuencia lógica del estado de la sociedad en su época; y esto explica suficientemente que los motivos eran de una naturaleza inagotable.

Bastante fáciles son de determinar los caracteres intrínsecos, de sus manifestaciones literarias. Poeta de ideales, de fogsidad erótica, traslucen las composiciones suyas un viejo brillo de grandiosidad como heroe de aventuras galantes.

No es esto un juicio en síntesis de su persona y sus obras, no ; sólo me he propuesto trasladar al papel, las impresiones que dejaron en mi espíritu, la lectura de sus producciones que, como toda manifestación de inteligencia, cautivan el alma dejændo en ella un suave perfume de belleza.

FABULAS

Gotoldo Leasing

LA ENCINA

Un aquilón furioso había, durante una noche tempestuosa, combatido con toda su fuerza a una elevada Encina. Derribada yacía, y una porción de humildes arbustos, destrozados bajo ella.

Una zorra, que tenía su madriguera no lejos, la vió al otro día y dijo: « ¡ Vaya un árbol! Nunca me había figurado que fuera tan grande ».

HERCULES

Cuando Hércules fué recibido en el cielo, saludó a Juno antes que a otra deidad alguna, lo cual dejó admiradas a todas, inclusa Juno. ¡A tu enemiga, le dijeron, de tal modo prefieres! A ella sí, respondió Hércules porque sus persecuciones han dado ocasión a las hazañas con que he ganado el cielo.»

Aprobó el Olimpo la respuesta del nuevo Dios, y Juno se reconcilió con él.

El ciervo y la zorra

Declale a la Zorra el Ciervo: ¡Ay de nosotros, los pobres animales endebles! El León ha hecho alianza con el Lobo.

¿Con el Lobo? contestó la Zorra. Vaya eso aún puede pasar. El León ruge; aúlla el Lobo: y así todavía podréis tener tiempo para libraros con la fuga. Pero entonces, entonces, sí, que seríamos perdidos, si al poderoso León le ocurriera aliarse con el Lince callado.

Los lobos y el asno enfermo

Esopo

Divulgóse por cierta comarca la noticia de que un Asno, rico en carnes, se hallaba enfermo de tal peligro, que no pasaría de la noche. Al punto, muchos lobos, que eran amigos del Jumento, se presentaron, afectando tristeza, a la puerta de su casa y preguntaron solícitos por su salud. El hijo mayor del Asno, asomó la cabeza por la ventana y dijo: « Señores Lobos: mi padre no está de tanto peligro como deseáis.»

TINTAGILES

DE MAETERLINCK — Traducido del Francés, por Martínez Sierra

La Muerte de Tintagiles

IGRENA — ¿Que no puedes andar?... ¡A ver, á ver qué tienes! ¿Sufres?

TINTAGILES — Si...

IGRENA — ¿Qué te duele? Dímelo, Tintagiles y te curaré...

TINTAGILES — No puedo decirlo, hermana Igrena, me duele todo...

IGRENA — Ven aquí, Tintagiles... Ya sabes que en mis brazos se está bien, y se cura uno pronto... Dámelo, Berengela... Va a sentarse sobre mis rodillas y todo pasará...
¿Lo ves?... Tus hermanas mayores están aquí... Están aquí... Están en derredor tuyo... Vamos a defenderte y el mal no podrá llegar hasta ti...

TINTAGILES — Está ahí hermana Igrena. ¿Por qué no hay luz, hermana Igrena?

IGRENA — Si hay luz, hijo mío. ¿No ves la lámpara que cuelga de la bóveda?

TINTAGILES — Sí, sí. No es grande... ¿No hay más?

IGRENA — ¿Para que hacen falta más? Vemos lo que necesitamos ver...

TINTAGILES — ¡Ah!

IGRENA — ¡Oh! ¡Qué profundos son tus ojos!

TINTAGILES — Los tuyos también, hermana Igrena...

IGRENA — No había reparado en ellos esta mañana... He visto subir... Nunca se sabe exactamente lo que el alma ha creído ver...

TINTAGILES — Yo no he visto el alma, hermana Igrena...
¿Por qué está Agloval en el umbral?

IGRENA — Está descansando un poco... Quería darte un beso antes de acostarse... Estaba esperando a que te despertases...

TINTAGILES — ¿Qué tiene sobre las rodillas?

IGRENA — ¿Sobre las rodillas? No veo nada sobre sus rodillas...

TINTAGILES — Sí, si tiene algo...

AGLOVAL — Poca cosa, hijo mío... Estaba mirando mi vieja espada; y apenas la reconozco... Me ha servido muchos años; pero desde hace algún tiempo he perdido toda confianza en ella, y creo que va a romperse... Tiene aquí, cerca de la guarda, una mancha pequeña... He observado que el acero palidece, y me preguntaba... ya no sé lo que me preguntaba... Mi alma está hoy pesada... ¿Qué le hemos de hacer?... Es preciso vivir esperando lo inesperado, y además hay que obrar como si aún se esperase... Hay noches graves de estas, en que la vida inútil se sube a la garganta, y quisiera uno cerrar los ojos... Es tarde y estoy cansado.

TINTAGILES — Tiene heridas, hermana Igrena.

IGRENA — ¿Dónde?

TINTAGILES — En la frente y en las manos...

AGLOVAL — Son heridas muy viejas que ya no me duelen... Sin duda la luz cae sobre ellas esta noche... ¿No habías reparado en ellas hasta ahora?

TINTAGILES — Está triste, hermana Igrena...

IGRENA — No, no; no está triste, pero está cansado...

TINTAGILES — Tú también estás triste, hermana Igrena...

IGRENA — No, no. Ya lo ves, sonrío...

TINTAGILES — Y la otra hermana también...

IGRENA — No; sonrío también...

TINTAGILES — Eso no es sonreír... Ya lo sé...

IGRENA — Ea, abrázame y piensa en otra cosa...

(Le abraza).

TINTAGILES — ¿En qué quieres que piense, hermana Igrena? ¿Porqué me haces daño cuando me besas?

IGRENA — ¿Te he hecho daño?

TINTAGILES — Sí... No sé porqué oigo latir tu corazón, hermana Igrena...

IGRENA — ¿Le oyes latir?

TINTAGILES — ¡Oh! ¡Oh! Late, late, como si quisiera...

IGRENA — ¿Qué?

TINTAGILES — No lo sé, hermana Igrena...

Dodera y Curotti

ELECTRICISTAS

Instalaciones eléctricas y mecánicas en general Variado
surtido de artefactos para luz eléctrica. - - - - -

Teléfono: LA URUGUAYA, 135 Central

CALLE URUGUAY, Núm. 807
MONTEVIDEO

MUEBLERIA LONDRES

de N. ROSSENBLAT - San José 824

Regios dormitorios de roble macizo con lunas biseladas, mármoles rosa, compuesto de un ropero de tres cuerpos, una cama, un elástico, un lavatorio estilo Toilet, dos mesas de noche, dos sillas tapizadas, uutoallero y una percha por **\$ 199.50**

Los mismos dormitorios, con aplicaciones de bronce, ropero con tres lunas, por **\$ 234.50**

SE REMITEN CATALOGOS

Mueblería El Mundo Económico

Otorga créditos - Soriano 820

RESERVADO

Para el TALLER de FOTOGRAFADOS

Calle YAGUARON 1273

Farmacia del Pueblo

CALLE URUGUAY, 1252 esq. YI

tendida personalmente por su propietario: DIEGO ARRIETA
Químico Farmacéutico

Servicio permanente a cualquier hora de la noche

LOS DOS TELEFONOS

Estudio Cervantes

Clases Universitarias y comerciales

Ingreso Universitario y a la Escuela de Comercio

CLASES PARA MAESTROS

Matemáticas - Francés - Química - Física

H. Natural - H. Americana - Literatura - Filosofía

Directores Br. PEREZ ENGELBRECHT
» ANDRES B. PEREZ

Sitio Grande 1662 (Reducto)

Trenes 43 La Comercial :: 1 - 4 - 15 - 19 La Trasatlántica

Fermin S. Gordillo

PROFESOR DE FRANCÉS de la Universidad Mayor de la República

Colegio Uruguayo: AVENIDA 18 DE JULIO, 1478

Domicilio: MERCEDES, 1376

CURSOS UNIVERSITARIOS y para EMPLEADOS

Cursos Universitarios - Martes, Jueves y Sábados de 5 h. a 7 h. p.m

Cursos para empleados - Los mismos días de 5 h. a 10 h. p. m.

FARMACIA CHARCOT

de Fernando S. Rosa

SIERRA 2157

Depósito de los jabones y los polvos para el cutis

marca «Carmen» Precio del jabón 0.05

” ” polvo 0.10

Instituto Musical
"IRRAZÁBAL"



DIRIJIDO POR LOS PROFESORES

Felipe Irrazábal
Mirtha M. Irrazábal



SE DAN LECCIONES DE
VIOLIN

GUITARRA

MANDOLINA

PIANO y SOLFEO



Calle Sierra 1824

MONTEVIDEO

Casa López Ovalle

Galle Andes, 1276

Sastrería, confecciones y artículos generales de hombres

Trajes sobre medida desde \$ 12.00

Trajes confección, casimir pura lana desde \$ 7.00

CASA FLORIDA

de Benito Fernández

Especialidad en planchado y arreglo de trajes de señoras, hombres y niños

Calle Colonia, N.º 955

OPTICA

ANTEOJOS LENTES CRISTALES

Gran Farmacia Matías González

1381 - CALLE ANDES - 1381 Frente al Casino

MONTEVIDEO

Florentino Ruiz

CORREDOR DE BOLSA

Ha trasladado su escritorio - FLORIDA, 1524

Bolsa de Comercio de 13 a 14

Enrique Mochó

CLASES DE IDIOMA CASTELLANO, QUÍMICA, etc.

Yaguarón, 1664

Casa Spera

GRANDES NOVEDADES

— EN —

Sobretodos —

— Ingleses

EN VARIOS MODELOS
DESDE

\$ 8.90 a \$ 36

SOBRETODOS PARA NIÑOS DE 12 A 14 AÑOS

DESDE 2.50

Solicite el catálogo que se le remitirá GRATIS



Casa

Es insuperable en s

SORIANO

a 5 c
Recuerde qu
dri

FARMACIA

de PE
ALFRED

URUGUAY

Teléfono: « La Ur
SERVICIO

INSTITUTO

PIRE

Baños higiénicos
sulfurosos, alcalinos,
mofo para bronquiti
rusos, turcos-romanos.
médico — Duchas frías
de vapor — Electricidad

GRANDES REFORMAS
SORIANO, 8

Teléfono



Sombreros -

- - Corbatas

**Y artículos en general
para hombres. - - -**

Casa Gil Hermanos

Es insuperable en su ramo.

Importación directa

SORIANO esq. ANDES

a 5 cuadras de la Av. 18 de Julio

**Recuerde que esta casa tiene 10 vi-
drieras y 2 salones**

FARMACIA "LA NUEVA ESTRELLA"

de **PEDRO BIGNONI**

ALFREDO EASTON. Director Técnico

URUGUAY, 999 esq. Daymán

Teléfono: « La Uruguaya » 2338 Central - La Cooperativa

SERVICIO NOCTURNO DE URGENCIA

INSTITUTO SANITARIO URUGUAYO

PIRELLI y DASSO

Baños higiénicos, platos, de asiento, de afrecho, de almidón, sulfurosos, alcalinos, mercuriales, aromáticos, hidroeléctricos, termoforo para bronquitis, artritis, dolores agudos, de vapor, turcos, rusos, turcos-romanos. Masaje eléctrico e higiénico y científico médico — Duchas frías, calientes, escocesas, aliernas, perineales, y de vapor — Electricidad de todas clases. Fricciones medicamentosas.

GRANDES REFORMAS EN TODO EL ESTABLECIMIENTO

SORIANO, 878 - entre Andes y Convención

Teléfono: « La Uruguaya », 192 (Central)



TALLERES GRÁFICOS:

PEREA

MALDONADO 1187